

## RAFAEL DEL ÁGUILA: EL PENSAMIENTO DE LA ESCISIÓN\*

RAMÓN MÁIZ

“Crieme eco e abismo, pensando”

Fernando PESSOA

“I don’t believe in a world in which man’s mind could or should  
ever be comfortably at home”

Hannah ARENDT

Aún recuerdo sus palabras paseando por Compostela: “El problema es qué hacer en un mundo definido por el riesgo y la pérdida”... Y me gustaría evocar aquí brevemente, con ustedes, cómo arreciaba en la palabra de Rafael DEL ÁGUILA aquel *viento del espíritu*, aquel “viento del pensamiento” del que hablaba Hannah ARENDT. Podemos leer su obra como un vendaval, por momentos huracanado, que nos empujaba a desinstalarnos de tierra firme a la que asirnos (aquella *Das feste Land* que añoraba HERDER, ante una modernidad en la que todo lo sólido se desvanecía en el aire): ni la intolerancia *implacable* de los metarrelatos ideológicos, desde luego, ni mucho menos la seguridad beata de lo *impecable*. Caracterizaba George STEINER en *Presencias reales* el trabajo intelectual como “ciudad secundaria”, la laboriosa construcción de una autoría diferenciada, de un pensamiento propio. Pero hoy solo me resultara posible apuntar, sin cicatrizar la herida de su pérdida, sendas y fragmentos dispersos de la coherencia, no diré ya de una vida, sino de una obra o mejor aún de aquella urdimbre abigarrada de obsesiones que persiguieron a Rafael desde el inicio de su reflexión.

Desde *Ideología y fascismo* (1979) hasta *Crítica de las Ideologías* (2008) todo su quehacer no fue sino un ininterrumpido cuestionarse sobre la estofa misma de la política, movido no por fidelidad a escuela o tradición alguna, sino orientada por problemas, aguijoneada por cuestiones apremiantes del contexto defectivo de nuestras democracias. De ahí su pasión por el debate (*filo-logoi* que no *philo-sophos*, nos recordaba) y en ocasiones su ira, su arrebató socrático – “muerdo a mis amigos con el fin de sanarlos” decía Dióge-

---

\* Palabras pronunciadas en el Acto en homenaje al Profesor Rafael del Águila, celebrado en la Facultad de Derecho de la UAM el día 20 de mayo de 2009.

nes LAERCIO— su *Mainómenos*: la airada indignación del *logos* ante la terca resistencia del mundo. De ahí también el central “momento maquiavélico” de su pensamiento: toda elección política implica un juicio político en precario y contestable por principio. Por eso, en fin, la compañía perenne de Berlín en su andadura: no es posible compatibilizar sin antagonismo los valores, los varios bienes en presencia, no hay convergencia o cierre último disponible en una sociedad reconciliada... El pensamiento de Rafael fue, entre nosotros, el pensamiento de la *escisión*, del acaso, de la imposible armonía bienpensante entre lo bueno, lo bello y lo verdadero, de la inesquivable dimensión trágica de la política. Y ese viento del pensamiento que nos despertaba en la noche, nos agitaba con nuevas dudas, interrogantes, perplejidades, y al mismo tiempo nos incitaba a la acción.

Debo iniciar esta breve evocación resaltando, ante todo, su personal modo de entender la teoría política como disciplina. Comenzaré poniendo de manifiesto, en primer lugar, aquella inquebrantable *voluntad de rigor* que hacía que sus desarrollos prescriptivos, analíticos o evaluativos fueran construidos siempre como conjunto de proposiciones en procura de consistencia interna, no como meras opiniones, ni asunciones normativas *ad hoc*. Había en ello algo más que exigencia académica: con ello se nos facilitaba siempre la discusión ético-política, desde las urgencias del presente, en torno a sus pretensiones de validez. Recuerdo, por ejemplo, la desazón que le producía que su obra se incluyera en la categoría de “ensayo”, remitiendo el entrecomillado a esa versión liviana y superficial, tan agradecida por editoriales y lectores de aeropuerto, que ha dado en proliferar en los últimos tiempos. Lo suyo era, desde luego, otra cosa: un programa sistemático de investigación en teoría política de muchas horas, lecturas y desvelos.

Permítanme subrayar, también, aquella otra *voluntad de relevancia*, esto es, de atender cuestiones y problemas perentorios, sustantivos, suscitados no por pruritos internos de escuela u ortodoxia alguna, sino por los contextos varios de crisis en nuestras democracias. Abandonando muy pronto la febril procura de principios universales para luego aplicarlos a la práctica, esta atención a las preguntas que brotan de los desafíos más urgentes se traducía, ante todo, en su proverbial descrédito de las Grandes Narrativas de hoy y de ayer. Este escepticismo lo condujo a transitar, no sin reparos, por las sendas de Michael WALZER o Richard RORTY. Tal es el origen, por ejemplo, de su preocupación última, frente a un eventual repliegue comunitarista —que sobrevuela el concepto de “comunidad nacional” de WALZER o el “nosotros” de RORTY— por el pluralismo, el multiculturalismo y las políticas de inmigración, presentes en escritos y proyectos colectivos varios como *Inmigración. Un desafío para España* (Pablo IGLESIAS, Madrid: 2005).

En tercer lugar, quiero insistir en su *voluntad de diálogo con las Ciencias sociales*. Su modo de hacer teoría política descendía del ámbito de la filosofía para vérselas con las aportaciones de la Ciencia Política. Siempre entendió que, puesto que debía ser guiada por problemas y no tradiciones de pensamiento, estos deberían ser filtrados por las investigaciones empíricas para superar un tratamiento impresionista y malamente descriptivo. Pero al mismo tiempo, siempre postuló que los estudios politológicos deberían realizar sus

preguntas de investigación desde una previa y sustantiva elaboración teórico-normativa más allá de la mera opinión o naif sentido común del investigador.

Añadiré su indeclinable *voluntad de crítica*. He reparado estos días, releendo sus obras, en que todas llevan variantes manuscritas de una única dedicatoria: “esperando tus críticas”. La tensión, consustancial en su quehacer entre el *bios teoreticos*, la *vita contemplativa*, y el *bios politikos*, la *vita activa*, se prolongaba en su querencia por el debate, por la discusión, por la autocrítica. Tras ella se adivinaba no solo la confianza ilustrada en las *razones* a prueba de mejor argumento, sino aquellas *pasiones* que ARISTÓTELES en su *Retórica* estimaba como insoslayables a toda verdadera Política.

Ahora bien, ese distanciamiento crítico, ese salir de la caverna, y abandonar la ciudad, siempre estuvo en él modulado por el *mesurado* retorno a la mundaneidad, por completo ajena a las veleidades intolerantes o despóticas del filósofo rey. Por el deseo patente de conciliar el juicio y el cuidado, de compensar el acerado aguijón de la polémica con la complicidad, la compasión y la solidaridad.

Un último rasgo de su modo de entender y practicar la teoría política, encontramos en su mensaje tantas veces reiterado: los clásicos importan desde las preocupaciones del presente, como algo más que aquel “ruido de fondo” del que hablaba Italo CALVINO, pero de modo no instrumental, sesgado o parcial. Desde luego, si algo caracteriza la obra de Rafael DEL ÁGUILA es su conocimiento sistemático, detallado y de primera mano de los clásicos: SÓCRATES, MAQUIAVELO, MARX, HORKHEIMER, ARENDT, Berlín... Quizás ningún pensador como Maquiavelo expresa en su lectura ese doble alcance: rigor filológico en la reconstrucción y pertinencia de sus lecciones político-morales para el presente (*La República de Maquiavelo*). No había en él, empero, prurito alguno de historiador de las ideas, sino por decirlo con KOSELLEK, de atender a “lo que se ha ido poniendo en el concepto” con el paso del tiempo. Esto es, más que al pasado, era la suya una lectura abierta al horizonte de expectativas, al *Erfahrungsraum*, a la proyección futura de las ideas...

Pero ¿cuál fue la clave de bóveda de su teoría, el hilo conductor que recorre sus obras mayores: *La senda del mal* (2000), *Sócrates Furioso* (2004), *La República de Maquiavelo* (2006), escrito en coautoría con Sandra CHAPARRO, y, finalmente, *Crítica de las Ideologías* (2008)? Si me lo permiten llamaré su atención sobre dos argumentos mutuamente entreverados y omnipresentes en su obra: la concepción trágica de la política y la redefinición del papel de los intelectuales. Ante todo, la obra de DEL ÁGUILA nos llama a la reflexión sobre “los conflictos trágicos inscritos en nuestras democracias”, esto es, sobre la imposibilidad última de la armonía política, sobre la pérdida inevitable en los costes de la decisión, en fin, sobre la inverosimilitud del mito (en la Ilustración, en HEGEL, en MARX...) de una sociedad finalmente sin conflicto alguno.

Y es que detectaba en el despliegue liberal de la autonomía, en aquel “ponerse a uno mismo los fines” de RAWLS, un sobreentendido de que los valores (no deudores de doctrinas comprensivas) son compatibles, transitivos y agregables, trasunto de aquella otra

asunción ilustrada de que el conocimiento no solo es posible, sino acumulativo, no contradictorio y, en su convergencia última, universal. La quimera de que virtud, conocimiento y bien acaban, de un modo u otro, por coincidir, alguna vez, en algún lugar. Dicho de otro modo, que los valores, y la verdad misma están ahí fuera, dados, discretos, transitivos... y podemos y debemos *descubrirlos*. En la senda de Berlín, la reflexión de Rafael DEL ÁGUILA nos reconduce, sin embargo, a dos veneros indispensables para la comprensión de la política de nuestro tiempo:

En primer lugar la dimensión, podríamos decir heidegerianamente *ontológica* y no meramente *óntica* de la política. Esta última no constituye el reflejo, la expresión, la exteriorización de conflictos de intereses, valores o identidades que fundamentados en lo social se exteriorizan sólo en determinadas circunstancias. Por el contrario, la política es siempre elección desde la contingencia, indeterminación de efectos no buscados, innovación y radical incertidumbre. Por eso la política –en cuanto estructura y acción– no *expresa* una realidad social previa, sino que resulta en puridad *constitutiva* de esa realidad. La política no se limita a “revelar”, “agregar” o “maximizar” preferencias, sino que, en rigor, tiene efectos ilocucionarios y performativos, *produce* intereses e identidades. No hay naturaleza, ni mundo, ni comunidad, ni sujeto dados de antemano, cristalizados en el ámbito de lo social: son *productos* siempre contingentes, puntos de llegada que no de partida siempre, siempre en precario, de la acción en contextos institucionales determinados.

En segundo lugar, que frente a la *metafísica de la presencia*, hemos de admitir el residuo de un exceso no colmando, de una imposibilidad última de sutura. En términos propios de la estética del romanticismo hablaríamos, de hecho nos hablaba una y otra vez DEL ÁGUILA, con expresión que reitera una y otra vez, de una *escisión* –ese abismo insondable del *Maelstrom* de POE o el precipicio que se abre ante el *Caminante sobre el mar de nubes* de C.F. FRIEDRICH– entre el individuo y la comunidad o la naturaleza. En sus propias palabras: “incertidumbre, cambio, inestabilidad, impredecibilidad, incompatibilidad, pérdida o vinculación de bien y mal constituyen las piezas claves del pensar trágico y de la tragedia de la acción política” (*La senda del mal*, 387).

Ahora bien, la contingencia y aún la incomensurabilidad trágicas del escenario político pluralista contemporáneo desacreditan definitivamente dos figuras clásicas del intelectual: la del ideólogo implacable, aferrado a convicciones autoevidentes, pero también la impecabilidad de la inocencia (en el sentido de BRUCKNER: esa síntesis perversa de infantilismo y victimismo) que cree en la decisión sin coste, en la hipertrofia del consenso frente al conflicto, en la convergencia de las ideas de bien.

Constituye todo ello una reflexión que, como sucede en RORTY, con quien la obra de Rafael DEL ÁGUILA presenta indudables afinidades electivas, entronca la reflexión romántica con la posmoderna: la incomensurabilidad de los valores, la imposibilidad última de reconciliación del ser humano con la naturaleza y la comunidad. Tal es el coste de toda

decisión, cuando decidir, empero, resulta ineludible: una cesura infinita, un daño inesperado, una pérdida irreparable.

Es aquí donde entra en juego la *ironía*, no tanto la de la sonrisa de MAQUIAVELO a que apunta VIROLI sino aquella otra ironía sin crueldad, jamás humillante, de RORTY: la imposibilidad de satisfacer exigencias simultáneas, las elecciones trágicas entre cursos de acción contingentes y excluyentes. He ahí, precisamente, el curso inevitable de *la senda del mal*: que el fin no “justifica” los medios, que toda elección supone un daño a alguien y debe asumir sus propios y a veces altísimos costes de decisión, de efectos imprevistos, no intencionales, en suma: “que la bondad no basta, que la política entraña un pacto con fuerzas que no son precisamente angélicas” (*Crítica de las ideologías*: 178). Benjamin CONSTANT, en *Adolphe* mostró en los albores de nuestro tiempo que la libertad de los modernos nos hace autónomos pero no más felices, pues arroja sobre nosotros la duda y la responsabilidad de nuestras decisiones personales y políticas en trágica contingencia... SARTRE en *Les mains sales* lo presentaría como el riesgo de la acción necesaria, de tomar partido desde la incertidumbre, inevitable exigencia de la entrada en política del ser humano, aquella “pasión inútil”.

Bien se comprende desde todo lo anterior las raíces del original *republicanismo* de Rafael DEL ÁGUILA. Su crítica, por momentos cáustica, de la versión minimalista de la democracia, aquella que de SCHUMPETER o FRIEDRICH hasta muchos de los políticos actuales, reduce la política a la lógica enteca de elección, representación y control retrospectivo. Para él, por el contrario, de la mano de su concepción trágica y ontológica, la política alarga su horizonte como producción política de las preferencias, como construcción plural de identidades, como escenario horizontal de participación y deliberación. Pero al mismo tiempo se muestra escéptica sobre las posibilidades de consenso, pues sabe que el conflicto y la contestación son indeclinables. El Republicanismo, para él, implicaba no tanto una discontinuidad radical con el liberalismo, cuanto que las preferencias deben ser conceptualizadas como *endógenas* al proceso político, no como mera expresión de intereses prepolíticos dados de antemano, esto es, producto del filtro de la información, la participación, el debate público irrestricto.

Por ello, la crítica de las ideologías-en cuanto recetarios cosificados de intereses e identidades colectivas, que empujan a la inevitable dialéctica amigo/enemigo— debe llevar a otra procura de la democracia adversativa, “agonística” dicen algunos, sobre el eje de la deliberación y el pluralismo. De ahí, por una parte, su ya aludido giro contextualista a la teoría política de la democracia, pero también su empeño de aportar aliento normativo a la ciencia política de orientación empírica: ¿qué preguntas de investigación, que selección de problemas resulta presentable desde una anémica concepción “minimalista”, poliárquica de la democracia? Desde tales presupuestos normativos, sostenía, nos aguardan programas de investigación que, sorteando cuestiones decisivas para la calidad de nuestras democracias, nos empujan, de la mano de cuestiones exquisitas desde una perspectiva *method driven*, a bordear la banalidad o la irrelevancia política.

Pero hay una lección más que de la reflexión de nuestro común amigo se desprende. Se refiere a aquella furia de SÓCRATES, el *mainómenos*, la indignación del logos ante la resistencia del mundo, la indiferencia de la comunidad que arroja al pensador fuera de la caverna, lejos de la ciudad, a lo alto de la montaña. Porque este desapego puede apadrinar un elitismo purista, la huida despectiva de la polis que deviene escape de la política misma y su reducción al derecho o a la moral. La exorbitante confianza en que el pensamiento nos proveerá de la idea de Verdad o de Bien que a su vez deberá ser compartida forzosamente por el común e impuesta de un modo u otro en el seno de la Polis... a despecho de concitar, si no es así, el desprecio olímpico del sabio. Como si alguna vez la seguridad racional pudiera reemplazar al arriesgado ejercicio de la prudencia política. He ahí el nacimiento de un figura perversa de sabio o científico, en las antípodas del intelectual de ZOLA en *J'accuse* (*L'Aurore*, 13 de enero de 1898). El pensador *detaché* vs. el intelectual *engaché*, que piensa puede revelar la reconciliación última del pensamiento, la virtud y la felicidad, que el mal proviene de la ignorancia o que, candor supremo, del bien solo se sigue el bien.

Tal es el peligro de los sueños de la razón, la *falacia socrática*, los monstruos que pueblan la modernidad; a saber: el sueño de una patria universal, el mito de una quimérica sociedad reconciliada donde el gobierno de las personas se reemplace definitivamente por la administración de las cosas, las figuras del científico objetivo, el moralista impecable o el intelectual dogmático (*Sócrates furioso* 124-128).

En esta conversación estábamos con otros colegas y amigos cuando de improviso “lo trágico nos expuso a la inestabilidad sin fin de la vida humana”. Y esta fue la última gran lección que Rafael guardaba para nosotros: que ni siquiera el pensar es anterior al vivir. Pero el viento del pensamiento roló esta vez y para siempre más allá de los puntos cardinales, hacia los fríos espacios perdidos de RILKE:

“Un vuelo en torno a la nada,  
Un soplo, un viento”